

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.



LOS GALLEGOS DE FINISTERRE.



eme aquí, caro amigo, después de haber cruzado toda la tierra de Jallas, muy cerca de Finisterre, como quien dice en un confín del mundo. Esta comarca de Galicia es tan otra de la que te describí en mi última (1), que mas bien que á Galicia, se parece á la Alemania de las novelas, con sus selvas negras pobladas de bandidos, sus cavernas de la

muerte llenas de espectros, y sus sierras de tétrica forma y misterioso nombre. A primera vista solo hallo por diferencia entre uno y otro país el que este carece de los góticos castillos tan frecuentes en aquel, y de los habitantes de rubia cabellera y ojos azules, en cuyo lugar veo aquí hombres de morena tez y serio aspecto, que viven en miserables casucas metidas en un arenal, ó agrupadas á la sombra de un pequeño bosque, ahora calvo con el rigor de los hielos, como suelen estarlo los nidos

(1) Véase la entrega 44 del Semanario del año anterior.
Segunda serie.—TOMO II.

de los grajos allá entre el negro follaje de los pinos.

Es muy triste no ver al rededor de sí, en un día de enero, sino estas melancólicas figuras en medio de una corta haza, rodeada de dilatados arenales, y oscurecida por la mole enorme de la montaña contigua cubierta de altos brezos, de retamas y de aulagas de dorada flor. No lo es menos descubrir en ella un hato de ovejas negras; hallar sentado al lado del camino sobre una mata de helechos al hombre que las guarda, ó mirarlo de pie en la ladera, apoyado á su cachiporra, vestido de andrajosos burriel, y con sus atezados y largos cabellos cubiertos por una gorra vieja, y observar como en el instante que siente los pasos del transeunte, levanta veloz su cabeza, y le dirige una mirada estúpida para saludarle poco despues con una corta espresion religiosa. Es tambien triste apereibir mas adelante, en medio del camino ó en el terrazo próximo, una cruz solitaria hecha de granito ó de dos toscos trozos de roble, la cual está allí como signo espiatorio para purificar el lugar en que ha caído la víctima de un asesinato, ó como marca que indica el punto donde debe posarse un momento la carga de un atahud, que es conducido á la lejana parroquia; atravesar luego un bosque de siaiestros ruidos, en cuyo centro se divisan algunos hornos de teja ó de carbon, cerca de los cuales vaga un tiznado montañés y ladra un mastin, advertidos ambos de que alguien pasa, por el crujir de las hojas secas amontonadas en el suelo; pisar á la salida de este bosque un puente construido con largos troncos de pino y el pavimento de tierra y aulagas, y mirar colgado en la añosa encina que está mas allá, junto á esa taberna aislada, á un fiero lobo relleno de paja ó de juncos. Todo esto, amigo, es tristísimo; y si te acuerdas de los cuentos de ladrones que circulan por el orbe, de las trampas profundas que se abren en los aposentos de los mesones solitarios, de los cadáveres recientes hallados debajo de las camas, y de otras cosas á este tenor, inventadas seguramente para que temiesemos dejar el rincón del mundo en que hemos nacido; no dejarás de conocer que en esta ocasion se hallaría mi espíritu cruelmente fatigado, y que mis ojos lo verían todo bañado de un color sombrío.

No creas por eso que este pais carece de poesia; como esta nace de los contrastes, ciertamente la hay y muy sublime en esta tierra salvaje, aunque no sea mas que su misma aspereza mezclada de admirable simplicidad, su uniformidad llena de grandeza, y el silencio que reina en sus concavos valles... Y no todo es tan estéril: cerca de las pobres aldeas por aquí esparcidas, los brezos y las retamas han cedido su lugar al centeno, al maiz, á las patatas y á las cebollas, y para animar estas soledades muertas, hay ademas de los hombres y sus animales, aguas vivas que saltan en arroyos desde las grietas de las peñas, y que riegan en riachuelos de lúgubre murmullo voluptuosos praditos de cespéd y mayas, que mirados desde la altura parecen tapices de terciopelo verde franjeados por vistosas cintas de plata; y hay tambien cuervos que graznan continuamente entre nubes cenicientas, y lobos que ahullan á media noche, rondando los establos, y que se responden mutuamente de distancia en distancia, haciendo así que su bronco ahullido semeje el repetido alerta de las centinelas que guardan un campo ó una fortaleza.

Actualmente los estoy oyendo en la montaña de enfrente, desde una casa decrepita de San Martin de Duyo, la cual tiembla á cada ráfaga de viento como el niño que pisa la nieve al esceso del frio. Oigo asimismo un ruido continuo, bastante parecido al redoble de muchos tam-

bores tocados á cierta distancia, que es producido por la mar que se bate á los pies de la aldea.

La mar!... viviendo ahí contigo nunca me hubiera figurado lo que realmente es. Una estensa masa de agua mas estensa, mucho mas estensa que todo cuanto se descubre desde un otero que domine la mas vasta llanura. Tú la crearás sin mas movimiento que el que tiene un caudaloso rio, pero te equivocas; aquí nunca se ve apacible, nunca está quieta; se irrita al sentir la brisa mas suave, se incha notablemente, se avalanza hácia la costa bramando como un toro en celo, se derrama sobre el arenal, dando un violento empuje á las barquillas amarradas en él, haciendo adelantar muchos pies la linea de conchas y de algas en que se habia estrellado la ola anterior, y dejando mas acá otra nueva linea matizada de espuma, que es luego borrada como la precedente. Admira y llena de terror la vista de esta rada tempestuosa, incesantemente transtornada, incesantemente agugereada en surcos, en cavernas y en valles, y herizada á su vez de montañas movibles que se precipitan las unas encima de las otras con horrisono estruendo, y que al fin se ajitan en torbellinos sobre la arena con sus crestas de espuma. Sin duda este incesante y ruidoso vaiven de las oleadas ha socabado las dunas en que dormia en paz esa Duyo histórica, antigua capital de los *Nerios*, desde donde gobernaba Filotro á toda esta tierra, esa Duyo convertida á la fé por los discipulos de Santiago y testigo de sus milagros. ¿Dónde estan ahora los palacios de Filotro, el templo dedicado al sol cuyo ídolo cayó á la voz del apóstol? Las murallas defendidas por fuertes cubos, las casas y los moradores de esta celeberrima ciudad? Cedieron al poder de su destino. El Océano de blandas aguas se precipitó sobre ella, y engulló su presa sin dejar siquiera un hueso: así es, que por mas que ensanchaba las pupilas para descubrir la antigua poblacion, solamente veia en el que fue su asiento un árido playazo; las algas y los juncos son ahora sus edificios, y los mariscos sus habitantes.

Sin querer te he pintado ya cuanto me rodea; me falta únicamente añadir á los trazos desparramados en la série de mi relacion acerca de los actuales vecinos de estos lugares, algunos otros, que te tomarás el trabajo de unir á aquellos.

Las mujeres se ocupan jeneralmente en la fabricacion de encajes y de redes, en hilar ó en el transporte y ciertas preparaciones menores del pescado. Los hombres de la ribera reparten sus horas entre el cabotaje, la pesca y los naufragios; los del centro en la arrieria, la labranza, la ganaderia y la fabricacion de carbon, de tejas ó de loza. La vida de estos es mas prosaica, la de aquellos mas romancesca. La mar es su hacienda, su campo, su viña, viña y campo empero que muchas veces dan sus cosechas sin previo trabajo como en la edad de oro.

Arriba por acaso durante las calmas del verano un buqué mercante á estas ásperas playas, y hételes ahí transformados en bestias de carga, ayudando con buena voluntad á desembarcar géneros casi siempre de contrabando, y conduciéndolos á parajes en que el ojo vijilante del resguardo no pueda descubrirlos. Si esta ocupacion les falta, van por la noche en su débil barquilla á arrancar con sus anchas redes, de en medio de las olas, algunos millares de sardinas, y á la mañana siguiente las distribuyen en los pueblos inmediatos. Pero el invierno es la saison de sus mayores cosechas; no porque entonces aborde aquí mayor número de buques, no porque la pesca sea mas productiva; sino porque el invierno con sus recios uracanes y su aire henchido de nieblas,

es la estación de los peligros, de las desgracias y de los naufragios. Por eso durante los malos temporales verás á estos hombres con sus negros cabellos flotantes y sus sencillos trajes, armados de un largo palo terminado por un doble garfio de hierro, deslizarse como fantasmas de muerte á lo largo de las peñas resbaladizas, quedar estacionados por horas enteras sobre sus picachos, con los pies metidos en la espuma que de cuando en cuando los corona, y tender sus ojos de verde pupila por la inmensidad de las aguas, procurando descubrir cuanto voga entre las profundas arrugas de su superficie. ¡Para ellos son los barriles de ron, las cajas de azúcar, los cofres, las maletas, los pedazos del casco, los tablones del combés, las ricas provisiones de la pobre nave derrotada! ¡Para ellos cien cadáveres que les dan sus despojos en pago de unas ligeras exequias, y de una huesa abierta en tierra extraña! ¡Para ellos el naufragio y sus horrores, frutos sangrientos de la estación de las tempestades!

Para concluir añadiré aun un rasgo mas á los anteriores, el cual por sí solo retrata todo un carácter. Sabes que, aunque cerciorado de que todo país tiene una historia llena de maravillosas aventuras y de añejas leyendas de brillante poesía, nunca fué mi intento esculpirlos hechos que las dieron ser, ni hojear las crónicas que los refieren, porque carezco de fé al oír las tradiciones, de ciencia al ver las ruinas, y de paciencia al coordinar los materiales casi siempre contradictorios en que se fundan; mas cuando el azar me los trae mundos y lirondos ¿por qué no he de recojerlos y hacerte participante del hallazgo? En este estado me ha puesto hoy mi huésped, sacerdote de esta parroquia, y hombre respetable y altamente respetado por estos moradores, á tiempo que nos paseábamos juntos por la playa.

—«Estrañó es, me dijo, que no haya llamado la atención de V. ese epitáfio cubierto de liquen, colocado por el acaso al pié de esas peñas, y abrigado por un hombre con ese frondoso sauce de Babilonia. ¡Si hubiera sido el de la tumba de Napoleon!... pero bien que un sepulcro solo ofrece interés á quien tiene dentro de él algunos recuerdos; para los demás hombres es un objeto muy insignificante.... Me parece que he logrado picar su curiosidad, y me toca ahora satisfacerla.... escuche V.!»

—«Un día de los últimos de enero de 1809, cuando las plazas mas fuertes del reino se hallaban subyugadas por el ejército francés, y los pueblos menores sufrían á su vez inauditas tropelías, *Corcubion* fué invadido por una partida de dragones de la division del mariscal Ney, y conminado bajo pena de muerte á entregarles abundantes raciones y 20,000 rs., en el perentorio término de 24 horas.

Entre tanto los gefes y soldados de esta partida, mas parecidos á fieras que á hombres, ejecutaban todos los excesos imagibles, aterrando con ellos á los pocos habitantes que no habian querido abandonar sus hogares para buscar un refugio mas seguro en las rocas de la costa ó en los senos de la montaña; el ayuntamiento falto de medios y de voluntad para cumplimentar aquella orden, y sin mas esperanzas que las del cielo, se aventuró á enviar un propio al Excmo. Sr. Marqués de la Romana para notificarle semejante tiranía, y pedirle un arbitrio seguro para resistirla.»

«Cayetano Melgar, jóven el mas valiente de la comarca, encomendando al Señor la suerte de su querida María, y anteponiendo el amor de la patria al que profesaba á su tierna esposa; la dejó con su madre en el asilo que esa derrocada gruta les ofreciera, y se brindó

á buscar al general español, y á manifestarle las necesidades de la villa. Salíó con esta honrosa comision el 1.º de Febrero, y el 28 todavía se ignoraba el resultado de ella, de modo que suponiendo muerto al mensajero, hubo de hacerse igual encargo á Domingo Trillo. María, causada de llorar la pérdida de su amado, no tenia ya mas lágrimas que verter; pero al verla arriada á la peña; la tez marchita, los párpados caídos, los negros cabellos desaliñados y todos sus miembros privados de aquellos vivos movimientos que tanto hacían un día resaltar sus gracias, cualquiera diría que estaba poseída de un sincero y horroroso dolor. Los que íbamos á consolarla en su mortal angustia, no teníamos valor, despues de haberla visto, para hablar una sola palabra, ni aun para levantar los ojos delante de ella, de suerte que ella y nosotros inmóviles, y con los macilentos rostros débilmente teñidos por la rojiza luz de los tizones, formábamos un cuadro tristísimo cuyo fondo era esa gruta oscurecida por las tinieblas de una noche de febrero.»

«El 5 de marzo la vuelta de Melgar volvió la vida á María y la ventura á sus amigos, llenando al mismo tiempo de coraje á todos los moradores las lisonjeras noticias de que fué portador. Todos se habian alarmado con ellas, y todos obraban de acuerdo, y con el mayor sigilo, para hacerlas valer en contra del francés.—No debia tardar en estallar la mina, pero un nuevo suceso demasiado aciago para Melgar, apresuró la esplosion.»

«Sin duda por delacion de algun bastardo español, á las 12 de la noche del 17 cayó el noble mancebo en poder de los enemigos: de poco le sirvió haberlo evitado durante un mes con sus viajes nocturnos, por rodeos desusados y caminos intrasitables; el hado queria una víctima, y Melgar debia sentir la fuerza de su voluntad. Probado el delito de que era acusado por su propia confesion, fué sentenciado á muerte.»

«Puede V. considerar que sentimiento no causaria en todos nosotros la noticia de esta muerte cierta, cuando habia sido tanto el de una muerte supuesta. María, al recibirla, quedó un momento suspensa; despues, por un efecto sobrenatural ó acaso á virtud de un furioso delirio, se levantó de repente, vibró en derredor de sí lucientes miradas de loca alegría, y haciendo un brusco ademán para que la siguiésemos, salió de su asilo, y se dirigió á pasos de gigante al punto en que estaba preso su amado. Volámos en pos de ella á nuestro pesar; mas ya no éramos solos; los alaridos de la madre habian reunido á todas las mujeres de la villa y á no pocos hombres, que armados cada cual con lo que pudo, se echaron impetuosamente sobre 100 franceses, fuerza reunida de las dos partidas de Cé y Corcubion, los cuales obedeciendo á órdenes superiores se replegaban á Santiago hácia las dos de la madrugada del 18. María, ciega de furor, todo lo atropellaba sin reparar á los caballos ni á los jinetes, á los aceros que blandian sobre su cabeza, ni á las llamaradas de las armas de fuego, que eran la única luz de tan singular contienda. Esta heroína, escudada por una potencia sobrehumana, inflamaba con sus actos nuestro valor y el ardor guerrero de las que la seguian. A él cede al fin el orgulloso francés, busca en la fuga su salvacion, y Melgar está ya en los brazos de María, que es entonces victoreada con entusiasmo por sus compañeras de armas, mientras nosotros corrimos á auxiliar á otro prisionero inglés que dejaron mal herido.»

«Estaba escrito que una víctima debia caer, y este acaecimiento tal vez no hizo mas que cambiar la perso-

na. María volvió con Melgar á su asilo de la costa, temerosos de una nueva invasion, y al momento fué acometida de una violenta fiebre. Todas las fibras de su corazon se habian rasgado con la demasiada tirantez que experimentaban: despues aun se aumentó mas con el sentimiento que la causaron los acontecimientos sucesivos, y principalmente la quema de Corcubion, Cé, Finisterre y otros pueblos del distrito, efectuada por el enemigo en venganza de su primera humillacion; y la pobre niña no tuvo remedio sino sucumbir.»

«Ahí mismo dimos sepultura á esta flor deshojada en breves días; rezamos, llorando sobre ella, las preces de la iglesia, y clavamos á su cabecera una cruz formada de dos pedazos de mastil... Melgar, consolado al cabo por la amistad, corrió á vengarse de los asesinos de su esposa, ingresando en las filas de la independencia, y mas tarde, cuando el cielo nos la habia vuelto, puso ahí esa losa, y plantó ese sauce.»

G. L.

MORIR SIN HABER VIVIDO.

Un francés llamado Pedro Legrand que acaba de morir en Dijon, á la edad de 71 años, ha dejado escrita de su puño la siguiente

CURIOSA MEMORIA.

Entre todas cosas advierto que en mi concepto deben rebajarse de la vida humana todos los momentos de dolor, de pena, de fastidio, de desesperacion, de sueño y de deseos. Sobre esta base paso á hacer cuenta de la mia.

A los tres años me destetaron; á los seis sabia hablar aunque mal; á los siete me rompí la cabeza, y no curé hasta los nueve. Por consecuencia debo rebajar estos nueve años de mi existencia, porque nadie se atreverá á sostenerme que es vivir chupar leche agria de una mala nodriza, no saber hablar, y romperse la cabeza.

A los nueve años comencé mis estudios, y como tenia la cabeza descompuesta á causa de mi caída, era bastante torpe para aprender, de suerte que al cabo de dos años ya conocia casi todo el alfabeto. La letra Z me valió unos cuatrocientos azotes, y las otras veinte y cinco poco mas ó menos; pero en fin á los doce años ya sabia leer á costa de mi sangre y mi pellejo. Entonces intenté aprender el latin, y únicamente pude conseguir olvidar mi propia lengua; de manera que á los 15 años no sabia nada mas que mantenerme á pan y

agua, y parecia un esqueleto.—Con que hay que rebajar por de pronto otros seis años.

A los quince, mi padre me puso de escribiente de un procurador, y allí empezó otro nuevo género de martirio para mí.—Levantábame á las seis, barría el despacho, encendia la lumbre, y en fin, hacia todo lo que me mandaban, y sin embargo, el procurador siempre quejándose de mí, y mi padre siempre castigándome injustamente. Con que bajamos otros cinco años en este martirio.

Cumplidos los veinte, mi padre muy enojado por lo que él llamaba mi torpeza, me puso de marinero á bordo de un buque que iba á las Indias; dejeles á VV. pensar lo que allí sufriría, lavando el entrepuente, trepando á los palos, plegando las velas, y todo al compas del látigo del grumete—y esto duró cuatro años hasta que á los veinte y cuatro compadecido mi padre me puso una tiendecilla de mercería, y me casó con la muchacha Ursula Papafigos, hija de un tornero vecino nuestro que tenia unos cuatro mil pesos de dote hipotecados sobre una fábrica de papel.

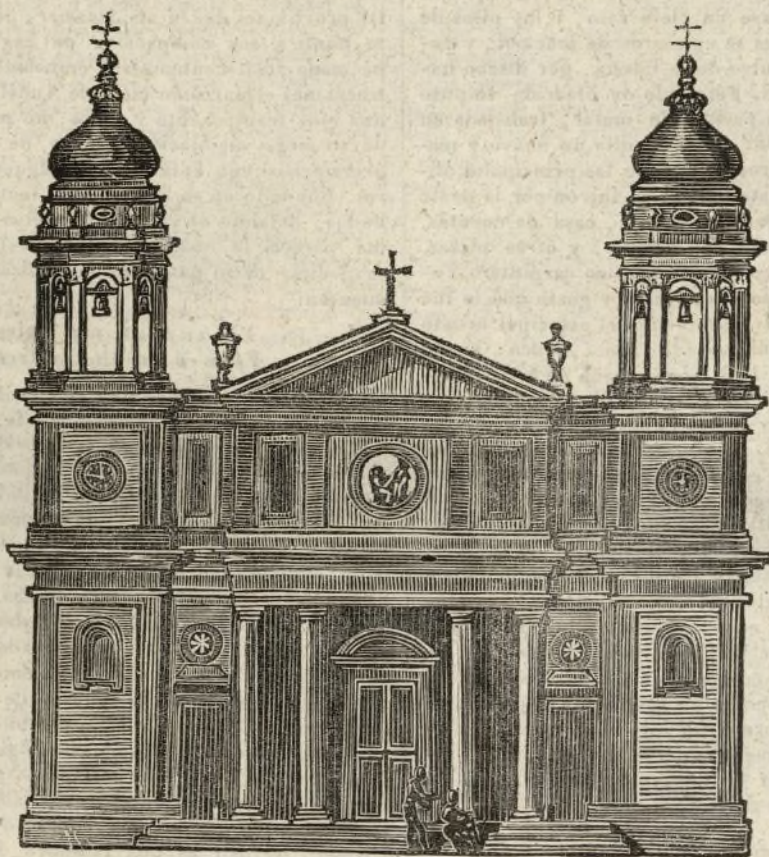
Con esto fuí dichoso una noche; pero al siguiente día observé que mi esposa tenia un tumor en una pierna, por lo cual es verdad que la pobre me pidió mil perdones, y tuve que concedérselos en consideracion al dote. Pero por qué tanto una maldita riada echó á bajo la fábrica de papel, y con ella el dote mi Ursula, de suerte que no me quedó mas que la mujer y el tumor por añadidura. Pero en fin á los treinta años tuve la fortuna de perder aquella de resultas de este, y ambos me dejaron en paz.—Bájense pues los seis años que habia pasado en maldecirlos.

Ademas, como lo general de los hombres, yo he dormido la tercera parte de mi vida y algo mas si he decir verdad, con que hay que bajar veinte y cuatro años de un tajo.—Vaya otro año largo que he ocupado en buscar la llave de mi papelería que se me perdía cuatro veces por semana, porque, digo, me parece, que no es vivir buscar una llave.—Tres años en afeitarme, peinarme y lavarme las manos.—Cinco años en rabiarse de las muelas y curarme constipados y otras frioleras.—Dos años perdidos en conversaciones insípidas, como por ejemplo ¿Como está V.?—Para servir á V., ¿y V.?—A los pies de V.—¿Ha visto V. que frio hace?—Ya, ya—que ¡inviernito—etc. etc. etc.

Seis meses en cepillar el sombrero y otros seis en ponerme los guantes,—un año maldito en los entre actos del teatro—otro año lo menos en leer las grandes obras de nuestros poetas, y otro en quejarme de los malos guisos de las cocineras.—Total 71 años.

Posdata: Los treinta días que he vivido son los que precedieron á la noche de mi boda. Creíame dichoso contemplando á mi futura por la fachada, pero como luego que reconocí el edificio me burlé de mí mismo y de aquellos días, los doy desde luego por nulos y de ningun valor. No me queda pues mas que una noche de goce positivo, pero de esta noche me burlo ahora. Con que ya muero á los 71 años sin haber vivido un solo día.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE TENERIFE.

En el centro de la ciudad de San Cristóbal de la Laguna de Tenerife, en las Islas Canarias, se erigió el año de 1515 la iglesia parroquial titulada de N. S. de los Remedios, bajo la dirección de Miguel Alonso, arquitecto portugués; y aunque en sus principios se hizo de una sola nave con 80 pies castellanos de largo y 36 de ancho, con el tiempo se aumentó con cuatro más, divididas por 26 columnas dóricas, que todas cinco constituyen el ancho de 131 pies. La capilla mayor quedó con 50 pies de largo, 35 de ancho, y 41 palmos de altura, y para subir á ella hay cuatro gradas de cantería. El cerramiento de esta capilla es forrado de madera; en su centro se vé pintada al óleo una gloria, y en ella un círculo de querubines, en cuyo medio está el Espíritu Santo, tallado, con resplandores también de relieve, y todo lo demás está lleno de pinturas alegóricas, ejecutadas con buen colorido y correcto dibujo por Francisco de la Paz, pintor natural de Canaria, el año de 1757. Los costados de esta capilla se forraron con madera, y se pintaron primeramente imitando el damasco carmesí, y después al temple con buenas pinturas hechas por D. Juan Miranda. En el crucero hay una grande cúpula formada de piedra tosca, con cuatro vidrieras que bañan de luz la mayor parte de la iglesia, adornada por lo interior con

arquitrabes, friso y cornisamento, sostenida por cuatro pilares de orden jónico, con pedestal y basa ática. El techo de toda la iglesia es de madera de tea, cubierto con tejado. Tiene tres puertas, una que es la mayor tras del coro, y otra en cada uno de los costados que miran al norte y sur, resguardadas estas dos últimas por cancelos de madera. En los dichos costados de norte y sur hay 16 vidrieras, que hacen la iglesia sumamente clara. En 1618 se fabricó una torre de 36 varas de altura hasta la cornisa del cuerpo de campanas.

El año de 1813 se derribó el antiguo y mal formado frontis de esta iglesia, y tomando por modelo el vistoso de la catedral de Pamplona en España, simplificando su ornato del orden dórico, para que no fuese tan costoso, ni se echase tanto de ver el gusto de este, con el ningún mérito artístico que tiene el cuerpo de la iglesia, dejándole los arranques para darle en todo tiempo mas altura al templo, se dió principio á él bajo la dirección de los maestros Juan Nepomuceno y Pedro Díaz, que la dirigieron hasta el cornisamento del primer torreón, y después lo continuaron el año de 1817 los maestros de mampostería Ventura de la Vega y Pedro Pinto, amañados en la preciosa y bien acabada catedral de Canaria.—Erigida esta parroquia en catedral en 1819 por bula del Sto. Padre Pío VII, y Real auxiliaria del Sr. Don

Fernando VII, continuó la obra hasta el año de 1835, que por la penuria de los tiempos se paralizó, quedando concluido el torreón de la parte del sur, y en el segundo cuerpo el de la parte del norte. Al techo de la nave del medio se le puso un cielo raso, y los pisos de las tres principales naves se enlosaron de mármol, y colocado el coro en el centro de la iglesia, por diseño hecho en la academia de S. Fernando de Madrid, se puso una valla de hierro con perillas de metal, trabajada en Sevilla, con lo que se dió á este templo un nuevo y magestuoso ser. Construyéronse tambien las principales oficinas necesarias á una catedral, como fueron por la parte del norte la sala capitular, secretaría, casa de cuentas, biblioteca, sala de remates de diezmos, y otras piezas, cuyo edificio dirigió y ejecutó el maestro carpintero Felipe Amaral, con mas acierto, órden y gusto que lo fué el antiguo cuerpo de la iglesia. Mas el principal ornato de esta catedral es su púlpito de mármol blanco: hízolo traer de Génova Andres José Jaime el año de 1767. Junto á la tercera columna, en el centro de la iglesia, sobre un pedestal cuadrado, descuellan un colosal Angel, que con su hombro izquierdo y mano derecha sostiene un basamento ochavado en 4 caras, y en cada una sobresalen tallados los cuatro evangelistas: el hermoso y animado rostro del angel, sus rizados cabellos, su elegante posicion, la soltura de sus vestidos, el plumaje de sus alas, la expresion del semblante de los doctores evangelistas y sus escorzos, todo embelesa al curioso artista, y encanta al que fija su atencion en esta elegante obra de las mas bien ejecutadas de su clase, que llama la atencion de todo extranjero, y la hace superior á todas las que de esta naturaleza nos presentan las iglesias de España y de América. Los demas adornos son proporcionados al entusiasmo religioso de nuestros virtuosos mayores, resfriado y disminuido por la tibieza y pocos arbitrios de los presentes moradores del pais.

COSTUMBRES.

LOS POETAS Y LA MELANCOLÍA.



En el año de 1834 me embarqué en Cádiz para Sevilla en compañía de uno de mis hermanos reciénvenido de Florencia. Mucho tiempo habíamos estado separados, mientras él recorría instruyéndose en los paises mas cultos de Europa, viajaba yo con comisiones de una casa de comercio de Amsterdam. Acostumbrado á trabajar en cuentas de *haber y debe*, doblado dia y noche sobre el *libro mayor* y el *diario*, mis pensamientos no se elevaban hasta la atmósfera de las abstracciones filosóficas y de las meditaciones de la poesía. Para decirlo en pocas palabras yo era un pobre hombre, en pequeño círculo encerrado y abatido; pero mi hermano reunia cabalmente todas las cualidades que me faltaban: era mi complemento, mi apéndice, ó por mejor decir, yo era el cuerpo, y él el espíritu: al menos así me lo decia él mismo, y yo que soy dócil y bonachon por naturaleza no puse la menor dificultad en creerlo á pie juntillas.

Prosigo mi cuento. Navegábamos para Sevilla en el vapor por medio de aquel mausísimo rio que corre entre campiñas cubiertas de estensa verdura, cercadas sus ori-

llas por melancólicos sauces. Mi hermano no bajó á la cámara siquiera: mientras que los demás pasajeros jugaban al tresillo ó llenaban sus estómagos con sendas tajadas de jamon extremeño (pues aquel dia reducianse á eso las provisiones del lujoso *Steamer*, poco semejante en este punto á sus compañeros de Inglaterra), mi infeliz hermano Juan contemplaba embebido en profundas distracciones el purísimo cielo de Andalucía, iluminado por una luna transparente y clara: no sé yo que sacaba él de tan largas meditaciones; pero de cuando en cuando pronunciaba con enfático tono algunos versos extranjeros. Envuelto en su ancha capa, inclinado en la proa del buque, flotando al viento sus negros y rizados cabellos, me parecia la imagen de Childe-Harold entonando al despedirse de su patria las magníficas estrofas que comienzan:

Adieu; adieu, my native shore,
Fades ó'er the waters blue:

No estrañe el lector esta cita romántica de Lord Byron en boca tan profana como la mia, porque ha de saber, si saberlo quiere, que he pasado dos años en Londres; y la segunda pregunta que me hacian las apreciables señoritas á quienes por vez primera visitaba, era por lo regular, si habia leído las obras de su poeta favorito: apenas habia pronunciado el nó fatal con aire contrito y humillado, cuando advertia en sus miradas y labios una especie de desden despreciativo que lastimaba mi sensible corazon. Vivía así como un paria en la sociedad inglesa; hasta que cansado de este destierro, y deseando como cada hijo de vecino que las nietas de Eva me escuchasen, me fui bonitamente una mañana á la librería de Colburn, pedí las obras de Lord Byron: pagué dos libras, siete schelines, y me volví á casa á aprenderme algunos trozos de memoria, lo que no dejó de costarme trabajo, si se atiende á que no entendia entonces una palabra de toda aquella fraseología de montañas y lagos, de venganzas y de amores: verdad es que tampoco la entiendo mucho todavía.

Larga ha sido la digresion, pero mas larga fué la meditación de mi hermano: cansado de hablar con los marineros, con el capitán, con los pasajeros, y con un hermoso loro que traía una señora americana, fastidiado de tresillo, y harto mi estómago del eterno jamon con tomates, volví á subir á cubierta, y volví á hallar á mi imperturbable hermano abstraído en sus vagos y atmosféricos pensamientos. Me acerqué á él y le dije con un tono cariñoso.—¿Estas pensando en la hermosa fábrica de papel que se podría establecer en esa orilla? ¿No bajas á tomar algo?

—«Nada; me respondió secamente. No me canso de respirar este aire, de contemplar este cielo: aquí adoro á Dios como los persas en medio de la naturaleza, y medito como Platon al eco de las olas. ¿Recuerdas las orillas del Rhin que tan bellos versos inspiraron á Byron cuando cruzaba enamorado su plácida corriente? Todas las sensaciones que allí sentia se renuevan ahora en el Guadalquivir. Mi memoria vuelve á las gratas ilusiones de lo pasado, é involuntariamente mis labios murmuran las dulcísimas composiciones de Wordsworth, y las meditaciones vagas, suaves y siempre melancólicas de Lamartine. ¡Qué bien comprendemos aqui las quejas y recuerdos de Mignon en el *Wilhelm Meister* de Goethe! Te lo confieso; detesto la sociedad: he vivido con la vida del alma en Alemania, y en Italia: la naturaleza y la soledad hablan una lengua inteligible para mí.»

—Mi hermano está loco, dije para mi capote: es hombre al agua; pero como no soy amigo de contradecir á

nadie, le dejé, y no le volví á ver hasta tocar el muelle de Sevilla: allí por supuesto tuve que encargarme del registro de los baules, de los mozos de cordel, de las gratificaciones en las puertas, y de todas las menudencias que repugnaban al carácter de mi hermano.

Nos alojamos en Sevilla en cierta casa de huéspedes de la calle de las Armas que no olvidaré mientras viva. Por la mañana salía yo á mis especulaciones mercantiles, y cuando volvía de la calle de Francos, harto de lidiar con mercaderes gallegos y castellanos que ni palabra entienden de crédito y giro, me hallaba mi casa ocupada con una porción de jóvenes estudiantes del tercer año de leyes, con mas orgullo que diez bajaes, y mas charlatanes que veinte y dos mil loros. No sé como y cuando habian conocido á mi hermano, lo cierto es que le rodeaban, y que entre ellos ejercia Juan una especie de soberania debida á su superior talento y á su mayor ilustracion. Ellos no estudiaban jurisprudencia; el derecho patrio de Salas dormía cubierto de polvo en sus mesas; pero en cambio tenían obstruida la memoria con los trozos mas estravagantes de Victor Hugo, y es de notar que apenas sabian francés; recitaban á menudo las robustas composiciones de Quintana, alguno que otro verso de Gallego, y sobre todo las mas ardientes canciones patrióticas; porque todos aquellos niños eran republicanos, revolucionarios, únicamente porque les parecian cualidades de hombres fuertes, sin saber á punto fijo que significaban revolucion y república. Bebían cerbeza y ponche, se dejaban sin peinar el cabello, atusaban como podian el naciente bozo; hablaban de los placeres de la melancolía, y sobre todo jamás se hacían lazo regular y simétrico en la corbata, pues nada era mas prosaico segun ellos que ocuparse de cosas tan frívolas.—No ha de creerse por eso que eran desaliñados y tontos, se vestían á su modo, afectando no pensar en ello, y pensaban á su manera corriendo tras la originalidad: pero en la mayor parte de ellos habia gérmenes de excelentes cualidades que hubieran podido ser útiles á la sociedad y á ellos mismos, si no se hubiesen torcido desde su nacimiento. Al principio procuraban burlarse de mis mezquinas ideas y de la pobreza de mis recursos: yo les aguanté algun tiempo por consideracion á mi hermano; pero todo cesó el dia en que con la mayor política posible abrí la cancela, agarré á uno por el cuello del corbata, le pegué tres ó cuatro bofetones y un puntapié por apéndice que lo echó bailando en medio de la calle.

Desde entonces me temian como á un oso salvaje, y aun llegando á ser buenos amigos y á escucharlos con mas tolerancia, tuve tiempo de llegarles á conocer y de estudiar su carácter.

Después que con mi grosera brutalidad se fué disipando el tropel de los niños aspirantes á poeta no quedaron mas que dos que fuesen asiduamente á ver á mi hermano. El uno era un muchacho de 19 á 20 años, pálido, delgado, con miradas desdeñosas, maneras estudiadas y desmedido orgullo. Se llamaba Tomas del Alamo y habia nacido en Almería. Ponia poco de su parte para adelantar en el mundo, y por consecuencia natural no adelantaba; por lo que solia decir que la felicidad habia sido hecha tan solo para los imbéciles. Gustaba de las mujeres, pero demasiado orgulloso y pedante las fastidiaba en vez de seducirlas: los desaires no tardaban en venir, y estos desengaños le convencieron de que la mujer nunca se prenda del verdadero mérito, ni se apasiona mas que de los bárbaros y fatuos. Odiaba el sexo femenino por despecho, y decia con mucha gravedad que si hubiese asistido al famoso concilio, hubiera defendido, como muchos esclarecidos prelados, que las mujeres no tienen

alma, opinion que tiene á su favor un artículo del Korán. Este pobre Tomas del Alamo, cansado de hacerse el interesante, ha aceptado una plaza de oficial en la secretaria de un gobierno político de tercera clase, y trabaja como un desesperado en su prosaico destino.

Jacobo Medina tenia un carácter mucho mas adusto. No iba jamás á sociedad alguna, ni recitaba otros versos que los elegiacos: leía las noches lúgubres de Cadalso, y vestía siempre de luto, en verano y en invierno. Aficionado, como el buho, á las sombras de la noche, abominaba la luz del sol que lo distraía de sus profundas y melancólicas abstracciones. No salía de su casa sino para dar un paseo por la orilla del rio, á la luz de la luna, y en el silencio de la soledad. Fastidiábale el mundo, porque decia que solo encontraba en él medianías y nulidades ambiciosas.—El fin de Medina ha sido trágico y lamentable. Vivía cerca de San Juan de la Palma una muchacha de diez y siete años, de conducta equívoca, pero de maravillosa hermosura. Su frente era tan serena como la de un angel: sus miradas bajaban como rayos por entre las largas pestañas de sus negros ojos: su boca de carmin era risueña y pura: el óvalo de su cara perfecto: habia algo de las vírgenes de Murillo en su semblante casi infantil.—Medina la vió, y ciegamente enamorado, empezó á espresarle su pasión en tono lacrimatorio y cavernoso: la muchacha se rió al principio, pero se fastidió después, y sin escuchar lamentaciones ni suspiros, se entregó á cierto conde rico y gastador que montaba admirablemente á caballo y hablaba divinamente el gitano. El amante desesperado se degolló con una navaja de afeitar: los socorros no alcanzaron, y espiró como habia vivido maldiciendo la sociedad, y renegando del mundo.

En cuanto á mi hermano Juan, ya es otra cosa: ha hecho muchos versos; algunos buenos, la mayor parte bonitos y monotonos: cansado de la poesia, se arrojó con vehemencia en los estudios políticos: republicano ardiente é inexorable, deseaba ser diputado para lanzar por la Península el fuego de su esterminadora palabra: por fortuna no lo ha conseguido: su intolerante fanatismo ha ido disminuyendo con la progresion del tiempo y el conocimiento de los hombres: ahora, querido lector, aunque me cueste rubor el decirlo, es mas retrógrado que yo. Ya no vá al café, ni declama endecasílabos melancólicos. Se ha casado con una guapisima muchacha de Carmona que le ha llevado en dote algunos miles de pesos, muchas fanegas de tierra de labor, y treinta mil pies de olivo en la vega. En el momento que escribo me están aturdiendo con sus gritos dos chiquillos que tiene mas robustos que dos becerros, y ademas su mujer está embarazada. Mi hermano vive mediana, aunque oscuramente; monta á caballo por las mañanas, y examina por sí mismo el estado de sus propiedades, se levanta temprano, toma las cuentas de sus dependientes, y se informa cada dia del precio del trigo en la alhóndiga. Ayer me dijo que le buscasse un comprador para veinte mil fanegas que le sobraban. Quieren hacerlo diputado, pero el se echa á reir, y no consiente. En fin, quien le viese ahora tan grueso y colorado como un patan, dichoso en medio de su prosaica familia, ¿podría conocer en el al joven y melancólico poeta que recién venido de Florencia contemplaba estasiado las frondosas orillas del Guadalquivir?

C. B.

EL SUSPIRO DEL MORO.

Todo respira alegría
en la risueña Granada;
la gente corre y se empuja
por sus calles y sus plazas.
Van á ver al nuevo rey,
que diz que llegó á la Alhambra,
y á Doña Isabel su esposa,
la heroína castellana.

En la torre de la vela
están fijas las miradas:
allí ondea el estandarte
en que hay una cruz bordada.

¡«Granada!» dice una voz
por sus altezas, y clama
todo el pueblo á otra voz «vivan»,
que el eco lleva en sus alas.

Es el marqués de Mondejar,
alcaide de sus murallas,
muy querido de los reyes,
varon noble, y de pujanza.

Don Fernando del Pulgar
armado de todas armas,
es aquel que se distingue
por su apostura y su talla.

El que lleva una cruz roja
sobre el pecho y en la capa,
es el adalid valiente
maestre de Calatrava.

Aquel otro es el alcaide
de los donceles; gallarda
es su presencia, y airosa:
¡cómo le miran las damas!

Confesor es aquel monje
de la reina, y por la santa
piedad, primer arzobispo,
hoy ha bendecido el ara.

Ya sale el rey ¡cuál se agolpa
el pueblo; apenas los guardias
bastan para contenerle,
que tal es de verle el ansia.

¡Qué taciturna es su frente!
¡cual derrama las miradas
entorno suyo al descuido
cómo si desconfiara!

Pero la reina, ¡qué hermosa!
es tan rubia como el ámbar,
y blanca como el marfil,
y airosa como la palma.

Sus ojos azul de cielo:
en su frente está pintada
la felicidad, y mira
con la efusion de su alma.

¡Qué sonrisa tan amable!
miel destilan sus palabras,
y su rostro es tan hermoso
como hermosa es la esperanza.

Van á la antigua mezquita,
en cuya cumbre se ensalza
la cruz de su religion
sobre la luna africana.

Y los guerreros valientes,
y las bellas castellanas,
y un pueblo entero les sigue
entre vivas y entre salvas.

Y mustio y sombrío se aleja llorando
el antiguo rey que allí se asentó:
y sus servidores le siguen, mirando
el techo en que un día su cama mecía.

Silencio de muerte sus lábios sellaba:
acaso un suspiro lanzaba Boabdil,
que luego la brisa que en torno volaba
llevára á la orilla del manso Genil.

Ya los añafles, pífano, atambores
ni ya las dulzainas nunca sonarán:

ni en la Vivarrambra sembrada de flores
cañas y torneos jamás correrán.

Caerá en el olvido la antigua pujanza
de Alamar y Zayde, Gazul y Almanzor:
¿dónde está su aliento, su brazo, su lanza
que hundiera al cristiano en miedo y terror?

Granada se aleja de sus turvies ojos;
Granada, ¡ay! se huye al triste mirar;
Granada la cierran eternos cerrojos
que Alá solamente podrá quebrantar.

Ya han cruzado el llano risueño y florido
de la hermosa vega por última vez;
y la golondrina que torna á su nido
verán envidiosos volar desde Féz.

Ya han pasado el rio de Sierra nevada,
también se han dejado atrás á Alhendin:
la planta tardía mueven, y cansada
como quien sufria destierro sin fin.

La cuesta han subido, ya están en la cima:
todos á Granada miran con ardor;
¡cuán bella es la patria! ¿Qué prenda de estima
podrá junto á ella robar nuestro amor?

El pueblo lanzado la mira afanoso,
un suspiro ardiente le embia Boabdil:
suspiro que sale del pecho angustioso
cual sale un gemido de labio febril.

Y ese suspiro repiten
los guerreros, las hermosas,
y sus ojos son dos fuentes
en un campo de amapolas.

Allí esperaba el anciano
acabar en paz sus horas,
y sus párpados cerrara
una mano bien hechora.

Allí esperaba el consorte
reposar junto á su esposa,
y que sus cuerpos unidos
cubriera una misma losa.

Allí esperaba la amante
recibir tierna y gozosa
la fe de su adorador
y pagarle cariñosa.

Allí la tímida Virgen
oyó temblando una trova.
Allí empezó la ilusion
que el corazon parte ahora.

Allí también el doncel,
enamorado juróla
el amor que arde en sus venas
cual sobre el fuego el aroma.

También esperaba allí
cubrirse de eterna gloria
y poner cien estandartes
á los pies de su Señora.

Allí quedan los naranjos
que en afortunadas horas
plantára inocente el niño
para dormir á su sombra.

Todo se acabó; y el llanto
de entre sus párpados brota
cual las perlas del rocío
cubren del lirio las hojas.

Sollozando y en silencio
todas sus penas devoran,
que llevan partida el alma
y en sentimiento se ahogan.

Así se aleja Boabdil
sin esperanza y sin gloria
por el camino en que un día
arrastraba su carroza.

Y los guerreros valientes,
los ancianos, las hermosas,
y un pueblo entero le sigue
entre amargura y congojas.

A. J. MORENO GONZALEZ.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.